

---

## La experiencia del Servicio Militar Obligatorio: entre la imposición y la “navegación” emocional. Buenos Aires, 1970-1971

**Francisco Ezequiel Mosiewicki**

Centro de Estudios Históricos, Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina  
frmosi@gmail.com

Recibido: 10/04/2018

Aceptado: 21/05/2018

### Resumen

---

El presente trabajo busca ahondar, desde la historia de las emociones, un fenómeno desarrollado por jóvenes conscriptos, en el marco del Servicio Militar Obligatorio, entre 1969 y 1971 en Buenos Aires. Dicha manifestación consistía en el despliegue de todo un cúmulo de tácticas puestas en práctica con el objeto de convertir la transición de los jóvenes por el universo castrense en una experiencia más amena o, a lo sumo, buscando evitar algunos de los castigos. Motivados inicialmente por el miedo -y en algunos casos el asco-, los testimonios recabados hablan del despliegue de sentimientos de temor e inseguridad que, en última instancia, pudieron llegar a recaer en actos de rebeldía. En clave cotidiana, el cruce entre la instrucción militar, la imposición frente a la “navegación” emocional y el imaginario personal de lo que implicaba “defender a la patria” se entrecruzan matizando la lógica verticalista del universo castrense.

**Palabras clave:** experiencia, servicio militar obligatorio, historia de las emociones, jóvenes, actitudes políticas.

### The experience of Mandatory Military Service: between imposition and emotional "navigation". Buenos Aires, 1970-1971

### Abstract

---

The present work seeks to deepen, through the history of the emotions, a phenomenon developed by young conscripts, within the framework of the Mandatory Military Service, between 1969 and 1971 in Buenos Aires. This demonstration consisted in putting into action a whole cluster of tactics put into practice with the aim of converting the transition of young people into the military universe in a more enjoyable experience or, at most, seeking to avoid some of the punishments. Motivated initially by fear (and in some cases disgust), the

testimonies collected speak of the unfolding of feelings of fear and insecurity that, in the end, could have fallen into acts of rebellion. On a daily basis, the intersection between military instruction, the imposition in face the of emotional "navigation" and the personal imaginary of what "defending the Nation" implies intersect with the verticalist logic of the military universe.

**Keywords:** experience, mandatory military service, history of emotions, youth, political attitudes

## **La experiencia del Servicio Militar Obligatorio: entre la imposición y la “navegación” emocional. Buenos Aires, 1970-1971**

### **Introducción**

El presente artículo tiene por fin contribuir al debate sobre ciertas particularidades que la experiencia del Servicio Militar Obligatorio (SMO), en la Argentina, adquirió para los jóvenes conscriptos en la coyuntura de inestabilidad política y creciente radicalización de fines de la década del sesenta y principios de los años setenta (1968-1974). Las diversas variables que se ponen en juego en torno a este tópico se entrecruzan en un mismo “clima emocional” (Casquete, 2017: 19) nacional conformado por una creciente radicalización política, un cuerpo castrense que acciona como grupo de presión, funcionando como un partido político (Rouquié, 1986: 381) y un proyecto nacionalista que se debate entre la tutela militar del poder civil o la instauración de una dictadura sin plazos que cumpla con la profecía implantada por el fallido proyecto del general Uriburu (Finchelstein, 2016: 63-65).

Durante casi un siglo el SMO funcionó en la Argentina con el objeto de instruir a los ciudadanos en la defensa de la Nación y conformar una reserva activa para las Fuerzas Armadas. Las distintas camadas de jóvenes que transcurrieron por esa experiencia debían formarse bajo un proyecto institucional mancomunado entre el Estado y el espacio castrense. Con el paso del tiempo, la idea original se imbricó con los distintos propósitos que los ideales nacionalistas le otorgaban al rol de los militares en la política nacional e internacional. Durante el devenir del siglo XX, los jóvenes conscriptos debieron participar de los conflictos armados orquestados en torno al escenario nacional, muchas veces sin compartir los ideales que los motivaban. Sin embargo, esto no significó que no tuviesen una idea conformada acerca de por qué debían recibir la instrucción militar o qué significaba “defender a la patria”. Conscientes o no, el aparato estatal que desde fines del siglo XIX buscó implantar el proyecto de la Nación en la mente del ciudadano tuvo éxito en la formación de una identidad que se manifiesta en lo cotidiano, aunque no necesariamente en forma voluntaria, y que Michael Billig denominó como “nacionalismo banal” (2014: 159-160). Siguiendo esta

idea, los jóvenes conscriptos habrían operado en torno a su propia concepción que era lo que implicaba ser patriota, es decir a la resignificación que le otorgaron a la imposición nacionalista. En el marco de la cotidianeidad de los Estados-Nación, las prácticas y experiencias desarrolladas cohesionan y legitiman la identidad y el sentido de pertenencia de los ciudadanos. Imbricadas en el espacio de los social, se configuran en el entorno que otorga naturalidad al universo nacional de las democracias modernas.

Por el rol central que le otorga a los procesos afectivos y a la relación entre experiencia, respuesta irracional y acción, la historia de las emociones se presenta como un campo adecuado para abordar esta problemática. Desde fines de la década del ochenta del siglo pasado se ha convertido en un campo en expansión cada vez más presente en el universo historiográfico, pero cuya conceptualización teórica y metodológica entraña una gran complejidad (Zaragoza Bernal, 2013). Según Ute Frevert (2014), emociones y poder están íntimamente relacionadas. Estudiar las emociones implica entonces indagar en los procesos impulsados por el Estado para controlar qué, cómo y de qué manera deben sentir los sujetos. El SMO, en tanto espacio donde se produce la instrucción del patriotismo ciudadano, es el entorno donde se puede manifestar en forma cotidiana la relación entre los ideales nacionalistas propios de los cuerpos de oficiales y las diversas formas en que las bases pudieron incorporar y dotar de nuevos significados el “defender a la patria”.

Para analizar estas cuestiones en el SMO, es necesario tener en cuenta una serie de factores que *a priori* condicionan la experiencia emocional. Por un lado, como institución perteneciente al universo castrense y el particular contacto, casi superpuesto con aspectos de la sociedad civil, el SMO desarrolló diversas prácticas que le fueron propias. Al examinar este ámbito, las nociones de disidencia, consenso o adhesión, ubicadas historiográficamente en el campo de investigaciones relacionadas con el estudio de actitudes sociales y comportamientos políticos (Lvovich, 2006; Águila y Alonso, 2013; Favero, 2016), permitirán analizar y comparar los diversos testimonios que paulatinamente serán incluidos en futuros trabajos. Un marco de libertad reducido, determinadas pautas de relación entre civiles y conscriptos y con los militares de carrera, la constante instrucción, los castigos y la violencia psicológica, perfilaron un entramado emocional particular, una especie de reglamento, a veces explícito y otras implícito, sobre lo que “era correcto” sentir a cada paso del Servicio. Asimismo, los jóvenes que transcurrieron por la conscripción se vieron inmersos en este clima, muchos proviniendo de ámbitos con pautas cualitativamente disímiles, de forma obligatoria,

debiendo amoldarse al universo castrense sobre la marcha. William Reddy (2001) analiza la existencia de “regímenes emocionales”, que condicionan y resultan en una imposición sobre la forma en que los sujetos deberían tramitar las emociones en los marcos sociales. Sin embargo, según el autor este esfuerzo desde arriba podría ser sorteado o “navegado”, buscando de forma consciente (y a veces inconsciente) los “refugios emocionales” que la misma sociedad genera. La conceptualización de Reddy puede ser tomada en conjunto con la idea de “economías morales de las emociones” acuñada en el Max Planck Institut de Berlín (Frevort, 2014). Así, a pesar del creciente esfuerzo de los Estados por coaccionar emocionalmente a los individuos, el marco cotidiano siempre deja abierto el espacio para la formación de contrahegemonías.

Por otro lado, como categoría de análisis,<sup>1</sup> la juventud es una etapa de transición delimitada por sus diferencias con la niñez y el mundo de los adultos, conviviendo con los límites que la misma sociedad le imprime (Souto Kustrín, 2007: 171-192). En la década del sesenta, está determinada por el doble proceso de modernización y rebelión, binomio característico de los análisis historiográficos tradicionales. Asimismo, es destinataria de un proyecto estatal que buscó cooptar su espíritu a través de la obligatoriedad de la escuela secundaria y del refuerzo ideológico al SMO (Manzano, 2010: 384), frente a la emergencia del denominado “enemigo interno” (Mazzei, 2012). La perspectiva que se busca imprimir en este trabajo, en consonancia con el proyecto de investigación al que adscribe, abreva en una mirada que atiende a los modos de representación y lenguaje culturales de los jóvenes entre 1955 y 1976. En él se estudian identidades políticas en transformación, de clases difusas y entramados sociales complejos, para incluirlos en un análisis más profundo respecto de sus heterogeneidades socioculturales (Bartolucci y Favero, 2014). De este modo, el análisis del SMO, durante el período comprendido entre 1968, momento en que se instituyó la prórroga en la realización del Servicio, y 1974, coyuntura en la que el gobierno de Juan Domingo Perón redujo la edad de conscripción a los 18 años, está orientado como un espacio de sociabilidad original donde los jóvenes conscriptos, frente al ingreso en un marco emocional permeado por la violencia física y simbólica, debieron desarrollar tácticas para “navegar”, en palabras de Reddy, la imposición, la coerción y la violencia constante. También tiene por objeto contribuir con la nueva línea de estudios que buscan renovar el universo de prácticas militares y bélicas (Lorenz, 2015). Si bien los

---

<sup>1</sup> Según los estudios sociales realizados hasta la fecha y aceptados por la comunidad académica, la juventud puede ser tomada como período de desarrollo del ser humano y a la vez como grupo social.

episodios desarrollados no se enmarcan dentro de un conflicto bélico, el clima de movilización al que se sometía a los conscriptos contribuyó a generar en sus imaginarios la inminencia de un enfrentamiento con grupos armados o incluso entre ellos mismos (Garaño, 2013). En las páginas sucesivas se ha buscado dejar constancia de la experiencia de dos jóvenes que transcurrieron por la conscripción obligatoria a partir de 1970. Sus testimonios dejan entrever la relación cotidiana que mantuvieron con el miedo, la incertidumbre y la violencia y, asimismo los pequeños pero relevantes intentos que desconfiguraron esa lógica de la cual no podían escapar. Vale aclarar que en el marco de esta investigación se ha decidido reservar la identidad de los sujetos que han prestado testimonio, teniendo en cuenta que sus nombres pierden relevancia frente al papel que desempeñaron en el entramado social y en la coyuntura de la cual fueron parte. Por este motivo, se adoptará para los conscriptos el seudónimo de Tambor y Policía Militar, respectivamente.

### **Puntos en común**

El SMO influyó activamente sobre los jóvenes que debían abandonar la adolescencia e insertarse plenamente en el mundo de los adultos. Por un lado, es un rito de iniciación. Para la agencia estatal empero, significaba algo más. En sus inicios, fue un esfuerzo para organizar las guardias nacionales y crear, de entre la masa de inmigrantes, al ciudadano argentino. Casi siete décadas más tarde no se puede afirmar que los objetivos del gobierno de facto instaurado aquella noche de junio de 1966 fuesen los mismos. La sociedad cambió con el devenir del siglo XX y lo hizo a la par de una creciente radicalización política. Los jóvenes no fueron ajenos a este proceso y, en muchos casos, constituyeron su epicentro. Tanto Policía Militar como Tambor, objetos de esta ponencia son oriundos de Miramar, de clase 49. Sin embargo, sus destinos fueron distintos. El primero debió pasar por Tandil, antes de regresar a la costa donde realizaría su conscripción en la base de la Fuerza Aérea, en las afueras de Mar del Plata. La primera similitud entre ambos relatos se afirma en torno al sorteo. Es interesante pensar que en este punto todos los jóvenes, incluso aquellos que luego no serían puestos “bajo bandera”, ya eran (al menos en su imaginario) conscriptos: [Policía Militar]: “¿y qué era lo que esperábamos nosotros del sorteo? Que no nos tocara Marina. Porque eran

dos años. A mí me tocó aire. Y bueno hubo que afrontarlo. (...) Muchos fueron llorando.”<sup>2</sup>

### Imagen 1 Policía Militar



Fuente: Archivo personal de Policía Militar. Once fotografías entre febrero de 1970 y marzo de 1971.

Por su parte, Tambor, fue enviado al Regimiento 1° de Infantería (Patricios), donde sería destinado a la banda musical del cuerpo: [Tambor]: “A mí me tocó en el uno de infantería. Pero como la Argentina es una timba (hasta el día de hoy), esperábamos que nos tocara número bajo, para salvarnos o, como dice él, Marina que no nos tocara.”<sup>3</sup>

### Imagen 2 Tambor



Fuente: Archivo personal de Tambor. Quince fotografías entre marzo de 1970 y abril de 1971.

<sup>2</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

<sup>3</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

Los testimonios de ambos reflejan la incertidumbre del momento, aunque sabían que se enfrentaban a una experiencia de la que difícilmente podrían escapar. Los relatos adquiridos de otros jóvenes que ya habían atravesado la conscripción no les aportaron sosiego. Salvo los casos en que sus conocidos habían vivido una experiencia positiva, las anécdotas servían para alimentar el imaginario de la violencia física y simbólica. El SMO resultaría una vivencia performativa. Dejaría en ellos una marca indeleble que habría moldeado sus representaciones subjetivas. Mariana Sirimarco (2004) ha desarrollado un trabajo de campo en torno al “Curso preparatorio para Agentes” de la Policía Federal Argentina. A lo largo de esa experiencia, la antropóloga se ve inmersa en un proceso de adiestramiento orientado a “extirpar” de los aspirantes aquello que los liga a la sociedad civil y dotarlos de los valores, recursos y prácticas que los vuelvan “Señores Agentes de Policía”. El proceso de “disciplinamiento de los cuerpos” estaría directamente ligado a ciertos castigos e intimidaciones que garanticen su dócil inserción en la jerarquía de las fuerzas de seguridad:

“Y en tanto dicha construcción de lo ‘policial’ implica, a su vez, una destrucción de lo ‘civil’, el pasaje por el Curso se convierte en un espacio donde se destruye para construir, donde modelar ese nuevo self implica abandonar posturas pasadas, para imprimir en su lugar, el nuevo saber a partir del cual definirse” (Sirimarco, 2004: 278).

Como lo afirman Donatella Della Porta y Mario Diani (2011) el proceso de construcción de la identidad en el marco de la inserción de los sujetos en colectivos sociales implica la formación de lazos emocionales hacia esos grupos (Della Porta y Diani, 2011: 128). Por más traumática que fuera su experiencia en el SMO, Tambor ha conservado ese pasado como una parte intrínseca de su identidad. Recorriendo detenidamente el comedor de su casa, se aprecian distintos “monumentos” que él mismo ha construido de su pasaje por la conscripción. El diploma que certifica su pertenencia al Regimiento 1ro. de Infantería, la fotografía con el coronel Ortiz, la pluma de su morrión guardada con recelo y la colección de armas antiguas junto a la imagen de Juan Manuel de Rosas revelan que la militarización marcó a fuego el imaginario del joven: “(...) la identidad no es una característica inmutable ni preexistente a la acción. Por el contrario, es a través de la acción que ciertos sentimientos de pertenencia se refuerzan o debilitan. En otras palabras, la evolución de la acción colectiva produce y alienta continuas redefiniciones de la identidad” (Della Porta y Diani, 2011: 130).

La particularidad de esta experiencia, a diferencia de otros colectivos sociales es que el “nosotros” del SMO reside, al igual que el “otro”, al interior de la misma institución. De esta manera los conscriptos pueden generar lazos de solidaridad con sus compañeros y, al mismo tiempo, verse obligados a acercarse a los responsables de su propia condición. La rebeldía abierta contra los suboficiales y oficiales no es un camino posible, al menos no uno que el grupo estuviese dispuesto a seguir. Como salida radical estaba la desertión, pero las consecuencias eran demasiado serias para que la mayoría optara por ella. Sin embargo, Della Porta y Diani hacen énfasis en la conformación de nuevas redes de relaciones en el transcurrir de la experiencia formativa. En este proceso, los jóvenes no solo se valieron de su cercanía a otros conscriptos, sino que buscaron, por medio de diversas tácticas transformar o, al menos desdibujar la lógica verticalista imperante en el SMO.

### **La violencia**

[Policía Militar]: “Primero nos mandaron a Tandil, no llevábamos ningún bolso porque sabíamos que ahí nos iban a dar toda la ropa. Y nos tuvieron tres días sin saber a dónde nos mandaban (...) tres días durmiendo en unos colchones de paja, sin aseo, sin baño. Nos mandaban a afeitarse y había toda una fila de manquinitas tiradas y con eso tenías que afeitarte. Te podías agarrar cualquier cosa.”<sup>4</sup>

Es cotidiana, premeditada y naturalizada en cada espacio de la conscripción. La violencia es una realidad con la que los jóvenes conscriptos deben relacionarse a diario.<sup>5</sup> Están obligados a realizar una práctica en un espacio que les resulta extraño, ajeno, expulsivo, pero a su vez no pueden evitarlo. Sus interlocutores se encuentran en una situación similar: por una ley promulgada décadas atrás se ven forzados a entrenar a unos jóvenes que de militares no tenían nada; la gran mayoría no se enrolaría voluntariamente; muchos provenían de condiciones culturales y sociales cualitativa y cuantitativamente mejores. Los testimonios de los conscriptos hablan del resentimiento que ellos percibían en los suboficiales que los “bailaban” cotidianamente:

---

<sup>4</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

<sup>5</sup> Es necesario aclarar que González Calleja (2000) aporta una conceptualización variada sobre la violencia. Así existe una acepción política (que puede ser retórica o material), una violencia social, una violencia revolucionaria. Para este trabajo, empero, se hará énfasis en el carácter premeditado de la violencia, desarrollado por Vaquero (2009).

[Tambor]: “Yo estaba en ceremonial que es una cosa muy linda vista de afuera, pero de adentro tenés que tener siempre impecable el equipo; te cortan cualquier franco porque tenés un ceremonial mañana o surge uno de inmediato (...) vos tenías que trasladarte, pero no te ponían ningún colectivo íbamos en esos camiones reos de antaño. Tenías que subirte ahí y tratar de no ensuciarte (...) En ese momento una foto cualquier si te encontraban a vos fuera de lugar era un mes sin salir. Sin franco.”<sup>6</sup>

Eduardo González Calleja afirma que “el acto violento encierra tres componentes operativos fundamentales: la aplicación –o amenaza de aplicación- de una  *fuerza física*  intensa de forma  *deliberada*  con la intención de  *causar efectos*  sobre el receptor de la misma” (2000: 154). La terna no puede ser más cercana a la realidad de los conscriptos. Los testimonios recabados informan como los suboficiales utilizaban la violencia física tanto en la instrucción reglada por las pautas del SMO como a la hora de impartir castigos. El resto del tiempo era natural que se viviera en un clima gobernado por la violencia simbólica. Cualquier actitud fuera de lugar sería sancionada. Asimismo, los escarmientos podían ser dispensados sin motivo aparente.

[Policía Militar]: “Había un cabo que nos hacía bañar con agua fría, en pleno invierno. Nos metía en el baño y no prendía la caldera. Se reía de nosotros. Cada vez que venía, nosotros temblábamos. O nos hacía tirarnos desnudos en el baño, rodilla a la derecha, rodilla a la izquierda y vos te topabas con el pene de uno, con el culo de otro. Una cosa que no podías creer. Una locura. En pleno invierno. El baño era una cosa abierta, gigante, con todas las flores prendidas. Te metías desnudo, abrían las flores y éramos cien tipos adentro. Te decía cuerpo a tierra y él se mofaba, se reía. Terminaba la ducha y él te pegaba, donde se le antojaba.”<sup>7</sup>

En dicho contexto, aunque la violencia no sea planificada sí es premeditada. Al menos en el imaginario de los jóvenes las acciones de los suboficiales están motivadas por una mezcla de odio y resentimiento, pero a su vez está dotada de una deliberación asociada a la finalidad que la institución militar ve en su aplicación. Joanna Bourke (1999) analiza la función que el estado emocional “agéntico” ejerce sobre los miembros de un ejército a la hora de perpetrar acciones violentas. Como los combatientes en contextos de guerra, los instructores del SMO “pasaban a ser agentes encargados de

<sup>6</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

<sup>7</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

ejecutar las órdenes de otras personas, en este caso sus superiores, y actuaban de formas que de otro modo les resultarían inaceptables” (Bourke, 1999: 15).

[Tambor]: “Nos pasamos todo ese primer día esperando que no ubicaran. Parados horas y horas, sin comer y sin baño ni nada. Mientras estaban haciendo el chequeo de papelerío y a su vez te hacían la revisión médica. A los que ya los iban incorporando les enchufaban la famosa vacuna que era una mezcla de todo lo que había y te dejaba tirado dos días.”<sup>8</sup>

Como lo explica Carlos Vaquero “la violencia se convierte en un medio, entre otros, que quien la usa cree necesario para conseguir los objetivos y metas buscados” (2009: 5). Para las Fuerzas Armadas, la violencia era un recurso necesario para instruir a los civiles que debían pasar por la conscripción. En ese universo la historia personal, el deseo de imitación, el aprendizaje por medio de la observación y anteriores resultados ventajosos de su aplicación se sumaban a un espacio donde la aplicación de la violencia con fines “pedagógicos” está legitimada y naturalizada: [Policía Militar]: “Era todo ejercicio. Ejercicio muy duro. Había que estar en forma. Porque el fin era que si había un conflicto tenías que estar listo para enfrentarlo. O sea que el Servicio Militar Obligatorio era para defender la patria, según ellos.”<sup>9</sup>

Vaquero analiza además como la violencia puede ser inducida. En un determinado contexto y con los impulsos necesarios el ser humano puede ser compelido hacia prácticas y reacciones violentas. En el espacio del SMO esta afirmación llama poderosamente la atención. En un universo en que la violencia es moneda corriente y que las prácticas cotidianas radican en el intercambio constante de violencia simbólica y física, el objetivo es justamente motivar a que los cuerpos disciplinados ejerzan la violencia manera encauzada hacia los fines de la institución militar y, en la mayoría de los casos, del Estado. La construcción de los integrantes de las agrupaciones armadas como “enemigo interno” tiene una arista en la búsqueda de incentivar la violencia en los conscriptos. Ambos entrevistados revelan cómo debían comulgar con la idea de que sus respectivos espacios podían caer bajo ataque en cualquier momento:

[Policía Militar a Tambor]: “Acordate que en ese momento se estaba iniciando la subversión. Atacaban puestos policiales; las partes periféricas de los regimientos para robar armas. Entonces

<sup>8</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

<sup>9</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

empezaba una movida muy jodida. A mí me tocó Policía militar (...) y hacíamos guardia en la entrada del aeropuerto. Estaba la de la entrada, la guardia principal, una atrás y después estaba donde se guardaba la munición.”<sup>10</sup>

## Miedo y rebeldía

[Tambor]: “Eran épocas jodidas. Se decía que tomaban los comandos. En el regimiento nuestro dos veces quisieron entrar y tenían información de que había personal pero que el resto estaba en Campo de Mayo (...) ellos te llenaban la cabeza. Ahora, de tanto decirte que había un enemigo, al final había un enemigo.”<sup>11</sup>

Cotidiano como la risa, pero oculto, descreído y rechazado. La vergüenza del temor existe porque erróneamente se lo asocia a la cobardía: “Así, la historia del miedo es también la de su culpabilización en contextos culturales que valoran prioritariamente la valentía militar” (Delumeau, 2002: 10). Su utilidad, remarca Jean Delumeau (2002), radica en ser una reacción fisiológica y psíquica en defensa propia. Una “emoción choque” que se produce ante la presencia o inminencia de un peligro. A diferencia de la violencia, en el SMO el miedo existe desde antes del ingreso a los cuarteles. Sin embargo, Tambor manifiesta como había que guardarse lo que se sentía. No era extraño que los conscriptos se delatasen entre ellos y que los militares tuviesen sus propios informantes.

[Tambor]: “Era un shock donde a vos te iban preparando para lo que te esperaba. Te gritaban, te trataban de ‘civilacho’...”

[Policía Militar]: “Lo que pasa es que las órdenes eran a los gritos, era como adiestrar a un animal (...) era obedecer, esa era la consigna de ellos, no había otra.”

[Tambor]: “Te quebraban espiritualmente, era como que perdías tu identidad al entrar ahí.”<sup>12</sup>

La realidad es que la gran mayoría de los jóvenes que ingresaban obligatoriamente en el espacio castrense habían escuchado relatos sobre lo que les podría ocurrir. Para Tambor y Policía Militar la experiencia traumática era anterior al inicio de la

<sup>10</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

<sup>11</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

<sup>12</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

instrucción: [Policía Militar]: “El lugar era un galpón de chapa. Eran tres barracas de chapa grandes. La dotación no era mucha. En total quinientos soldados. Los primeros días fueron duros. Llegaba la noche y sentías que lloraban, rezaban, pedían por la madre. Después empezó la instrucción.”<sup>13</sup>

El miedo y la violencia eran cultivados por las Fuerzas Armadas incluso entre los distintos cuerpos de conscriptos. Tambor narra la relación que ellos tenían con la policía militar del 1ro de Infantería. Sus oficiales los obligaban a levantarse más temprano que al resto del regimiento y sus ejercicios eran más pesados. Además, fomentaban el odio entre cuadros:

[Tambor]: “(...) se escuchaba en el piso de arriba un ruido y temblaba todo. Parecía una implosión y eran los PM (policía militar) que se tiraban al pie de la cama y ahí empezaban ellos. Volaban, corrían todo el día y vos escuchabas ‘BUM, BUM, BUM’. Vos psicológicamente les tenías terror. El más petiso tenía 1.90 metros (...) y a ellos les creaban una psicosis para odiarte.”<sup>14</sup>

La incertidumbre y la amenaza constante a la integridad naturalizaron el estado de miedo continuo, pero a su vez motivaron a los conscriptos a tomar una postura activa para intentar evitar los castigos. El trato entre suboficiales y conscriptos y entre pares estructuró una serie de prácticas que los jóvenes desarrollaron para que su paso por el SMO fuese menos tortuoso. Sortear a toda costa los castigos físicos era una razón que motivaba a los conscriptos a formular tácticas que en algunos casos generaron conflictos entre ellos mismos. La más extendida resultó el robo de aquellos efectos personales necesarios en el pase de revista. Al acudir a la formación con un faltante, además de recibir el castigo por la pérdida del objeto, el soldado era objeto de la burla, tanto por parte de sus compañeros como de los oficiales, “por haberse dejado robar”. También existía la posibilidad de quedarse. Son conocidas las historias de jóvenes que dada su situación socioeconómica antes de ingresar al Servicio decidieron optar por hacerse voluntarios. En esos casos el Ejército los premiaba otorgándoles el rango de cabo y, por lo tanto, el status de suboficial. Esos jóvenes serían los que luego se encargarían a instruir a las próximas clases, reproduciendo la lógica del miedo y la violencia que habían vivido.

---

<sup>13</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

<sup>14</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

[Policía Militar]: “Había muchos que no querían estar, que querían irse. Había un muchacho de Balcarce y como nos daban el franco cada quince días, se fue a la casa y no volvió. No volvió porque no quería volver. Lo tuvieron que ir a buscar. Otro estando de guardia a la noche se pegó un tiro en la mano, con tanta mala suerte que el dedo del gatillo le quedó sano y no le dieron de baja. Terminó el Servicio Militar con tres dedos menos.”<sup>15</sup>

En otros casos, sin embargo, sirvieron para acercarlos a sus jefes y desdibujar la lógica verticalista del espacio castrense:

[Tambor]: “Para que no te jodieran los suboficiales y los oficiales vos siempre les decías que tenías una palanca afuera, que tenías un contacto muy grande. Entonces, como en inteligencia les ganabas, como los tipos estos eran ‘cuadrados y sin seso como raviol de fonda’, tratábamos de superarlos y hacíamos todo el verso, serios.”<sup>16</sup>

La cuestión de la alimentación no estaba por fuera de la lógica de violencia. Tambor explica como las Fuerzas Armadas tenían destinado un presupuesto especial para los días festivos. En esos casos estaba previsto que los soldados, conscriptos y voluntarios, recibieran una atención. Sin embargo, dada la redistribución orquestada desde los mandos superiores, la carne y la bebida alcohólica llegaba siempre a las casas de los oficiales y suboficiales y la tropa acababa comiendo fideos.

[Tambor]: “Había un lugar inmenso que eran hornos, para poder hacer todo tipo de comidas. Pero estos tipos solo nos daban de comer fideos en ollas a presión porque se morfaban la guita del alimento. Un día no sé qué pasó y habían dejado prendido el horno, (...) aunque nosotros siempre le tirábamos basura porque no daba calor sobre el sector donde dormíamos nosotros. Un día encontramos en un depósito una bala antiaérea de cien milímetros. (...) Nos la afanamos sin saber bien qué era. ¿Dónde la tiramos? Adentro del horno. Nos quedamos unas horas y como no pasaba nada nos fuimos a dormir. A la madrugada... ¡BUM! (...) de donde estaba la tapa del horno salía un fuego inmenso. Todo se rajó el horno y no se pudo usar más por el resto del año.”<sup>17</sup>

<sup>15</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

<sup>16</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

<sup>17</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

La experiencia que se ganaba con el correr de los meses rápidamente era capitalizada por los jóvenes. Tambor y sus compañeros debieron callar el incidente con el proyectil antiaéreo para evitar la prisión. Si bien buscaron expresar su descontento frente al símbolo del asco que les generaba el plato diario de fideos, lo que trascendió a la oficialidad fue un intento de asalto por parte de las organizaciones armadas. Dado que la radicalización social era parte del clima de época, los ataques a los cuarteles o, en este caso “supuesto” atentado sólo sirvió para recrudecer los ejercicios cotidianos y acrecentar la violencia física impuesta sobre los conscriptos. A pesar de todo, los patricios no cesaron en su intento de mejorar cualitativamente su alimentación:

[Tambor]: “Nosotros lo que hacíamos cuando ya éramos ‘milicos viejos’, o sea cuando ya hacía meses que estábamos, arreglábamos con los muchachos de la guardia para que nos dejaran salir. Juntábamos guita entre todos y en la esquina sobre Santa Fe había una rotisería. Comprábamos gran cantidad de comida y a la pasada por la puerta de acceso les dejábamos media docena de empanadas a los muchachos y los de adentro nos hacíamos un picnic bárbaro.”<sup>18</sup>

Tales actitudes pueden ser relacionadas con conceptos como el de “refugio emocional”, acuñado por William Reddy (2001). En este caso, los jóvenes deben adecuar sus sistemas de emociones al del nuevo espacio en que ingresan. Este universo les resulta ajeno y extraño por lo que deben generar, no siempre de manera consciente, ciertos recursos que les permitan diluir el esfuerzo. Siguiendo la idea de Rodríguez-López y Ventura Herranz, si el conscripto tardase en “encontrar la manera o el lugar en el que ‘descansar’ del esfuerzo emocional que le supone seguir con su vida en unas coordenadas que no había previsto ni deseado, el sufrimiento se hace más intenso, más duradero, y puede llegar a impedir la supervivencia” (2014: 124). Estas tácticas rompen la imagen ortodoxa de las Fuerzas Armadas y chocan con el imaginario colectivo existente sobre el pasado del SMO. El espacio de lo cotidiano, por tanto, aporta una arista de utilidad a la hora de complejizar comprensión sobre los distintos entramados sociales. Mientras que los jóvenes ideaban formas de reducir la asiduidad de los castigos, sus superiores impartían la instrucción por los medios aceptados y naturalizados por el ideario militar.

---

<sup>18</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

[Policía Militar]: “Nosotros, cuando teníamos que hacer la guardia, entraba uno solo adentro de la garita. Era de cemento con un techo cortito a dos aguas, tenía la abertura sin puerta y ventanas en las tres caras sin vidrios. ¿Qué hacía a la noche? Como estaba el problema este de la subversión, porque nos decían que había que tener cuidado, que iban a atacar los cuarteles, dejábamos el fusil a la altura de la ventanita, le poníamos el casco y dormíamos afuera, a cierta distancia, tapados con la ropa y una frazada. Hacíamos nuestra inteligencia. Si atacaban, lo primero que iban a voltear era el puesto de guardia. Así nos salvábamos, pero teníamos que dormir entre los yuyos, con las ratas.”<sup>19</sup>

La reacción de Policía Militar está en línea con el miedo que la inminencia de un conflicto armado: “El miedo es fundamentalmente el miedo a la muerte. Todos los temores contienen cierto grado de esa aprensión, por esa razón el miedo no desaparecerá de la condición humana a lo largo de nuestra peregrinación terrestre.” (Delumeau, 2002: 11). Pero la muerte muchas veces es sinónimo de lo desconocido. Para los jóvenes la lógica de la violencia física y simbólica impartida por los militares iba de la mano de la desinformación y el cercenamiento ideológico. La palabra difundida por los distintos actores del universo castrense, oficiales, suboficiales, capellanes buscaba crear la imagen del enemigo interno. Desde arriba, ya lo hacía Onganía desde West Point; desde abajo era moneda corriente en el discurso que recibían los jóvenes: [Policía Militar]: “Uno quería ‘libertad, libertad’ y no había. Entonces todo había que hacerlo al oscuro. Que no se enteraran las autoridades. Porque podía haber represión. Era muy difícil. No tenías acceso a la literatura. Todo escondido. No podías nombrar ningún partido político.”<sup>20</sup>

Tanto las emociones como el cuerpo tienen su dimensión histórica y están relacionados al poder. Los esfuerzos sociales -encarados desde el advenimiento de la modernidad- por controlar el cuerpo están orientados a normalizar las manifestaciones emocionales y las siempre dinámicas relaciones de poder, contribuyen a instalar nuevos balances entre los espacios sociales y personales, públicos y privados. Sin embargo, frente a la rigidez de los regímenes emocionales propuestos por Reddy (2001), las lógicas dinámicas de la coyuntura tienden a matizar las relaciones de dominación. Aunque las estructuras hegemónicas no pueden ser pasadas por alto, los estados siempre cambiantes de la vida moderna han dejado el espacio para la formación de

<sup>19</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

<sup>20</sup> Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

contradiscursos, desviaciones y alteraciones emocionales sobre la forma de autoperibirse (Frevert, 2014).

### **Conclusión: buscando asir lo inasible**

En las páginas anteriores se ha buscado contribuir al debate acerca del rol de los jóvenes conscriptos en el entramado del universo castrense y como nexo entre la sociedad civil y los elencos militares. Para tal fin se siguieron las experiencias de dos jóvenes que debieron transcurrir por el SMO en una coyuntura caracterizada por una creciente radicalización e inestabilidad política. Los testimonios de Policía Militar y de Tambor transpiran anécdotas que no escapan al imaginario colectivo instaurado en la sociedad. Sin embargo, hilvanadas en el marco teórico procedente de la historia de las emociones, revelan una arista poco desarrollada historiográficamente. Las emociones de miedo, asco, odio y venganza con las que debieron relacionarse cotidianamente estos jóvenes los impulsaron a tomar distintas acciones que en otras circunstancias no hubiesen sido una opción. Quizás por su condición de jóvenes, quizás por el ambiente violento y militarizado que los contenía a la vez que amenazaba con destruirlos; lo cierto es que lograron atravesar el SMO valiéndose de los intersticios, de los vacíos que toda institución humana genera en su funcionamiento cotidiano. La experiencia permitió a los jóvenes encontrarse con un límite que demarcaba de hasta qué punto estaban dispuestos a tolerar todo lo que implicaba la preparación para “defender a la patria”. Según la forma en que sus imaginarios habían estructurado el significado de sus propios nacionalismos, el SMO adquirió para ellos un sentido totalmente distinto. Si bien en ambos ejemplos la inminencia de un enfrentamiento armado estaba presente, la victoria no fue un factor que primara sobre lo que para ellos implicaba “el ser argentino”. En todo caso, el mandato contra el “enemigo interno” entraba en conflicto con el rol que tanto Tambor como Policía Militar se otorgaban a sí mismos dentro del universo castrense, aunque no siempre estaban opuestos.

El objetivo de los instructores militares era claro, los medios a emplearse estaban más que definidos y, asimismo los resultados -desde su punto de vista- no habrían podido alcanzarse en su totalidad. Nunca el impulso coercitivo desplegado desde arriba es perfecto. Las instituciones sociales están pobladas por seres permeables a las relaciones cotidianas y es en ese mismo espacio en que las lógicas de poder se reproducen y deconstruyen al mismo tiempo. Las tácticas empleadas por Policía Militar

y por Tambor no cambiaron al SMO, pero durante su transcurso por la conscripción el Servicio tampoco logró destruirlos a ellos. Sus identidades cambiaron, amoldándose a las nuevas redes y a las pautas emocionales que el universo castrense les demandaba. Al mismo tiempo el SMO cambió con ellos y con cada conscripto, en las tácticas desplegadas para evitar los castigos, con toda actitud orientada a desdibujar el verticalismo avasallador, como si una “microfísica” de las emociones hubiese sido puesta en juego.

## Fuentes

### Iconográficas

Archivo personal de Tambor. Quince fotografías entre marzo de 1970 y abril de 1971.

Archivo personal de Policía Militar. Once fotografías entre febrero de 1970 y marzo de 1971.

### Orales

Entrevista a Tambor y a Policía Militar, realizada por el autor, 14 de abril de 2017.

## Bibliografía

Águila, Gabriela y Alonso, Luciano (2013). *Procesos represivos y actitudes sociales. Entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur*. Buenos Aires: Prometeo.

Bartolucci, Mónica y Favero, Bettina (2014). *Fronteras visibles e invisibles. Libertad y orden, modernización y revolución a través de la categoría de juventud. 1955-1976*. Mar del Plata: UNMdP. Proyecto de Investigación. OCA 1139/09.

Billig, Michael (2014). *Nacionalismo Banal*. Madrid: Capitán Swing.

Bourke, Joanna (1999). *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Casquete, Jesús (2017). *Nazis a pie de calle. Una historia de las SA en la República de Weimar*. Madrid: Alianza.

Della Porta, Donatella y Diani, Mario (2011). *Los Movimientos Sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Delumeau, Jean (2002). Miedos de ayer y de hoy. En Villa Martínez, Marta. *El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural* (pp. 9-21). Medellín: Región.

Favero, Bettina (2016). Las voces de una juventud silenciosa: memoria y política entre los otros jóvenes durante los años '60. *Historia Y MEMORIA*, N° 12, pp. 215-252. Recuperado de [https://revistas.uptc.edu.co/index.php/historia\\_memoria/article/view/4203/5270](https://revistas.uptc.edu.co/index.php/historia_memoria/article/view/4203/5270). Consultado: 20/11/2017.

- Finchelstein, Federico (2016). *Orígenes ideológicos de la “guerra sucia”. Fascismo, populismo y dictadura en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Frevert, Ute (2014). The Modern History of Emotions: a Research Center in Berlin. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 36, pp. 31-55. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/CHCO/article/view/46681/43817>. Consultado: 05/05/2017.
- Garaño, Santiago (2013). Soldados sospechosos. Militancia, conscripción y Fuerzas Armadas durante los años setenta. *Contenciosa*, N° 1, pp. 1-16. Recuperado de <http://memoria.ides.org.ar/files/2013/04/Gara%C3%B1o-Contenciosa.pdf>. Consultado: 12/10/2017.
- Gonzalez Calleja, Eduardo (2000). La definición y la caracterización de la violencia desde el punto de vista de las ciencias sociales. *Arbor*, N° 657, pp. 153-185. Recuperado de <http://arbor.revistas.csic.es>. Consultado: 15/05/2017.
- Lorenz, Federico (2015). *Guerras de la historia argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- Lvovich, Daniel (2006). Dictadura y consenso. ¿Qué podemos saber? *Puentes*, N° 17, pp. 41 – 45.
- Manzano, Valeria (2010). Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los sesenta. *Desarrollo Económico*, Vol. 50. N° 199, pp. 363-390.
- Mazzei, Daniel (2012). *Bajo el poder de la caballería. El ejército argentino (1962-1973)*. Buenos Aires: Eudeba.
- Reddy, William (2001). *The Navigation of feeling. A Framework for the History of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rodriguez-López, Carolina y Ventura Herranz, Daniel (2014). De exilios y emociones. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 36, pp. 113-138.
- Rouquié, Alain (1986). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Tomo II. Buenos Aires: Hispamérica.
- Sirimarco, Mariana (2004). Acerca de lo que significa ser policía. El proceso de incorporación a la institución policial. En: Tiscornia, Sofía (Comp.). *Burocracias y violencia. Estudios de antropología jurídica* (pp. 245-280). Buenos Aires: Antropofagia y Facultad de Filosofía y Letras.
- Souto Kustrín, Sandra (2007). Juventud, Teoría e Historia: La formación de un sujeto social y de un objeto de análisis. *HAOL*, N° 13, pp. 171-192.
- Vaquero, Carlos (2009). La violencia premeditada. Entre el horror, la banalidad y la purificación. *Pensamiento Crítico*, N° 201. Recuperado de <http://www.pensamientocritico.org/carvaq0509.htm>. Consultado: 15/05/2017.
- Zaragoza Bernal, Juan Manuel (2013). Historia de las emociones: una corriente historiográfica en expansión. *Asclepio. Revista de la Medicina y de la Ciencia*, Vol 65, N°1. Recuperado de <http://asclepio.revistas.csic.es/index.php/asclepio/article/viewArticle/547/571>. Consultado: 03/03/2017).

\*

**Francisco Ezequiel Mosiewicki** es profesor en Historia graduado en la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, miembro del Centro de Estudios Históricos y becario tipo A de la misma universidad. Sus líneas de investigación se centran en las prácticas políticas y emociones de los jóvenes dentro del espacio militar hacia fines de la década del sesenta. Por otro lado, su tesina de licenciatura, actualmente en corrección, analiza la trayectoria profesional del teniente general Benjamín Rattenbach, sociólogo militar y analista crítico del entramado social durante los años sesenta en Argentina.